

El gozo de la verdad en la Universidad

Hasta hace un par de décadas atrás, los docentes nos encontrábamos en las clases con debates interesantes, a veces acalorados, cuando se planteaban cuestiones que tenían que ver con la visión del hombre, del mundo, o de la existencia de un ser trascendente. Hoy en día, en cambio, nos cuesta cada vez más motivar a los alumnos a interesarse por leer e investigar sobre cuestiones humanísticas o religiosas. Los alumnos escuchan con cierta atención las clases, no sin distraerse de las novedades aburridas de su celular, algunos se interesan por preguntar y conocer o discutir un tema, pero la mayoría evade el cuestionamiento no sólo en la clase, sino también a nivel personal. Hay una nueva manera de pensar –o mejor dicho, de evitar los cuestionamientos existenciales– que ha llegado con la posmodernidad y se ha instalado en la mentalidad de los jóvenes no sabemos hasta cuándo.

Vivimos en un momento de la historia en la que se ha opacado uno de los intereses más fuertes que pueda tener el ser humano: el de conocer la verdad. La verdad de las cosas, la verdad de la historia, y las verdades que pueden o no dar sentido a su vida, quedan en muchas ocasiones entre paréntesis, es decir, anuladas por un tiempo, porque lo que realmente interesa es conseguir resultados concretos en el orden material, y el resto de los planteos son solo una distracción innecesaria.

Esta apatía actual por la verdad es una de las consecuencias del fracaso de la modernidad. La posmodernidad, dicen muchos pensadores contemporáneos, es el fin de los metarrelatos, es decir, de las visiones sobre el mundo que pretendían tener un fundamento en el ser de las cosas y una validez universal. No hay verdad absoluta, sólo perspectivas diferentes que pueden y deben convivir en forma paralela sin enfrentarse. Las grandes verdades, sostienen, ya no son necesarias, por eso, vivimos en tiempo de la posverdad, es decir, en un momento de la historia donde lo que se impone son múltiples relatos particulares ante los cuales cada uno elige el que más le guste. Por eso, esta falta de interés por la verdad nos ha llevado a esta situación paradójica, en el momento en el cual disponemos como nunca antes en la historia de mayores canales de comunicación, falta el diálogo entre las distintas corrientes de pensamiento.

Este contexto nos obliga a recordar la naturaleza de la verdad que tenemos como misión enseñar en nuestra Universidad y, para eso, es muy útil recurrir a las reflexiones del Papa Francisco en la Constitución Apostólica sobre las Universidades y Facultades eclesísticas del 27 de Diciembre de 2017. La *Gaudium Veritatem* tiene como finalidad actualizar las normas de funcionamiento de estas instituciones educativas de la Iglesia, respecto de las autoridades, profesores, títulos, etc., pero esta parte normativa está precedida por un proemio en el cual el Papa propone que estas Universidades asuman el desafío actual de ser protagonistas en una sociedad que vive cambios profundos.

La Universidad, sostiene, es uno de los actores más importantes de la sociedad, porque genera conocimiento y produce verdaderos avances científicos y tecnológicos que modifican la vida de las personas. Sin embargo, con esos aportes no es suficiente. El desarrollo científico por sí mismo no contribuye a mejorar la calidad de vida, incluso puede empeorarla, como está demostrado ampliamente en la realidad, si no tiene como objetivo la realización de la persona en todas sus dimensiones y de todas las personas.

Vivimos en medio de una crisis antropológica y ambiental, dice el Pontífice, y las Universidades católicas tienen que proponer un cambio profundo: “Hay que cambiar el modelo de desarrollo global y redefinir el progreso”. No es la primera vez que Francisco cuestiona el modelo de consumo de esta sociedad postcapitalista, podríamos decir que lo ha hecho desde el inicio de su magisterio y que se trata posiblemente de uno de sus enseñanzas más salientes. Con una clara conciencia de las consecuencias de un modelo de sociedad que se enfoca en el lucro, la producción y el consumo, sólo se construye una grieta cada vez más profunda entre los que más tienen y los más pobres.

La crisis ambiental, que genera un deterioro en la vida humana y que es padecida sobre todo por los más pobres, es originada por una explotación de recursos y una utilización de las energías que no cuidan el medio ambiente. En la Encíclica *Laudato Si* propone una “ecología profunda”, es decir, dejar de pensar la producción, la economía y el desarrollo en función de una sociedad que cree que la felicidad consiste en consumir sin importarle el costo ambiental y humano que ese estilo de vida genera. Las raíces de la situación ambiental y humana actual están en los fines y el sentido del crecimiento tecnológico y económico, dice Francisco (Cf. *Laudato Si* n° 109).

Una Universidad católica, por lo tanto, no puede conformarse con ofrecer una formación científica de calidad, no es suficiente. Su misión es formar profesionales que con una sólida formación humanística contribuyan a la construcción de una sociedad diferente, una sociedad en la que el fin sea propiciar una vida más humana y digna para todos y no facilitar el enriquecimiento de los que más tienen a costa de más pobreza para los más débiles. El verdadero desafío de la Universidad es lograr que sus egresados piensen de manera distinta al pensamiento único economicista reinante.

Uno de los errores más grande de la modernidad ha sido pensar que el progreso científico por sí mismo llevaría al hombre a la felicidad. La historia se ha encargado de demostrar que no sólo no alcanza, sino que ese afán de dominio del mundo le dio un poder que no supo controlar y que usó en muchas ocasiones (como en las guerras o en experimentos) para destruir la vida humana. Como dice Romano Guardini, el hombre no estaba preparado espiritualmente para manejar tanto poder y, en vez de mejorar, empeoró las condiciones de vida (*El ocaso de la modernidad*).

Formar un universitario es darle poder. El abogado maneja unas herramientas con las cuales puede hacer mucho bien o mucho daño. Un economista puede contribuir al enriquecimiento de uno y al empobrecimiento de muchos. Un médico puede curar por vocación o ejercer la medicina con sentido lucrativo. Y así en cada una de las profesiones. Por eso con la ciencia sola no basta, hace falta que asuma una visión de su profesión de la vida humana inspirada en una antropología y una ética que le muestren el verdadero sentido del desarrollo humano (*Laudato Si* n° 110).

Una Universidad Católica, entonces, no debería evaluarse sólo por los estándares que fijan los organismos estatales o internacionales de calidad universitaria, sino por el compromiso concreto con esta misión que tiene: ser protagonista de un cambio profundo que va en contra de la corriente que se impone y que está haciendo un mundo cada vez menos humano, más injusto y más inseguro.

El fin de una formación científica sin límites éticos es uno solo: el poder, el poder sin límites para que cada uno viva para sí mismo y trabaje sólo para acumular.

El desafío es “pensar diferente”, pensar en el ser humano, pensar en lo que somos y en lo que son aquellos con los que compartimos la vida y enfocarnos en la construcción

de un bien común que nos permita realizarnos a todos. Este es el “cambio de paradigma” del cual habla el Papa en este Proemio, se trata, entonces, de ir en contra de la corriente, del pensamiento dominante y de descubrir que el hombre no está hecho para el mercado, que el mercado económico no puede regular por sí mismo, es decir, según el interés de los que más tienen y que nunca quieren resignar ganancias, la vida de los pueblos.

La Universidad católica debería proponer una revisión crítica de las ideologías con las cuales la modernidad quiso construir un mundo mejor y fracasó. Como dice Francisco, tenemos que tomar conciencia del rol privilegiado que tenemos en la construcción social y asumir nuestro compromiso docente con la conciencia clara de que “enseñar a pensar diferente” es nuestro objetivo.

Para esta tarea no basta con un compromiso de honestidad intelectual porque nosotros no proponemos una política, una economía, medicina o derecho, etc. diferente solo en postulados racionales. La visión del hombre y del mundo que enseñamos no es nuestra ni de ningún pensador en particular, sino la que se inspira en Cristo. Como dice Francisco en el inicio de este proemio, no enseñamos una verdad más, no enseñamos una idea, sino una verdad que no es una doctrina, sino una persona: Cristo.

Cristo nos enseña la verdad sobre Dios, revela al Padre; para eso asume la naturaleza humana y nos revela también la verdad sobre el hombre. El sentido de la existencia humana en este mundo en orden a una vida que se continúa en la eternidad. La verdad del hombre que olvidaron las ideologías modernas y los postulados de esta sociedad postcapitalista es que el hombre no es su propio creador, que no puede vivir para sí mismo y que esta vida terrenal no es su única existencia.

Estas verdades cristianas no son fáciles de enseñar no sólo porque contradicen el modo de pensar de muchos, sobre todo, de los que tienen o creen tener éxito temporal, sino porque nos exige a nosotros docentes y directivos un compromiso personal con Dios y con el prójimo. Nosotros tenemos que demostrar con nuestra vida, no sólo con la palabra, que no vivimos y trabajamos para nosotros, que no estamos a conseguir el éxito sin importar las consecuencias y que no somos indiferentes ante los que pasan necesidades reales. Tenemos una misión trascendente, somos parte de la Iglesia, de una Iglesia que, como dice Francisco, tiene hoy más que nunca estar “en salida”, es decir, con la conciencia clara de que hay que buscar a los que están en las periferias existenciales, a los que reciben permanentemente una visión y un estilo de vida distinto y a los que tenemos que acercar a Dios, a la Verdad.

La vocación universitaria se inspira en el gozo de la verdad, de la verdad de las ciencias y de la verdad cristiana que deben unirse para que sea posible pensar el cambio del modelo de desarrollo global, de progreso y de verdadera realización personal y social.

Pbro. Dr. Alejandro Ramos
Director de *In Itinere*